

Martínez Rueda, Fernando: *Telesforo Monzón. Realidad y mito de un nacionalista vasco*. Madrid, Tecnos, 2021. 296 pp.

En 2021 se han cumplido 40 años del fallecimiento de Manuel Irujo (1891-1981) y Telesforo Monzón (1904-1981), dos destacados dirigentes del nacionalismo vasco, pertenecientes a la generación de 1936: la de la II República, la Guerra Civil y el exilio. Aun siendo amigos (como muestra su correspondencia), en su trayectoria política representaron polos opuestos en el seno del PNV. Irujo fue el *jelkide* más avanzado socialmente y el más republicano, partidario de la alianza con las fuerzas republicanas y socialistas españolas, de ahí que fuese ministro en los Gobiernos de Largo Caballero y Negrín en la Guerra Civil y también en los Gobiernos de Giral en el exilio. En cambio, Monzón, consejero del Gobierno vasco de Aguirre en la guerra y el exilio, defensor de un nacionalismo tradicionalista, rechazó las instituciones republicanas desde el final de la guerra en 1939 y abogó por el entendimiento con los carlistas navarros y con los monárquicos españoles de Don Juan durante los años 40 y 50. A partir de 1960, año de la muerte del *lehendakari* José Antonio Aguirre, sus posiciones políticas fueron antagónicas, como demuestra su actitud ante el surgimiento de ETA como escisión del PNV: para Irujo, “ETA es un cáncer que, si no lo extirpamos, alcanzará todo nuestro cuerpo político”, mientras que Monzón consideraba a los etarras hijos de Sabino Arana, el fundador del PNV: “ellos también son hijos de las ideas de JEL” (Dios y Ley Vieja o Fueros, lema de Arana). “Si ellos se han alejado de la casa del padre, no dejan de llevar en sus venas la sangre del padre”. Su opuesta evolución culminó en la Transición: Irujo fue senador por el Frente Autonómico (alianza del PNV y el PSOE); Monzón fue diputado de Herri Batasuna, el brazo político de ETA Militar.

El 40 aniversario de la muerte de Irujo no ha sido conmemorado por el PNV, todo lo contrario que el de Monzón, que continúa siendo reivindicado y mitificado por el nacionalismo vasco radical, como prueban la reciente creación del denominado *Telesforo Monzón eLab*, un laboratorio de ideas *abertzale* cuya sede está en la Torre Olaso (la emblemática mansión de la familia Monzón en Bergara), y la publicación de varias obras hagiográficas. Por eso, es importante que haya aparecido una completa biografía académica de Telesforo Monzón, obra del historiador Fernando Martínez Rueda, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco, quien ya había ofrecido un adelanto en artículos publicados en revistas de prestigio. Antes que él, los también profesores de la UPV Ludger Mees y Jesús Casquete habían aportado una aproximación crítica a la figura de Monzón en el *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco* (2012).

Fernando Martínez aborda la trayectoria vital de Monzón desde la nueva biografía histórica, partiendo de una base teórica sólida, apoyándose en abundantes fuentes archivísticas y hemerográficas, y conociendo muy bien la bibliografía no solo sobre el nacionalismo vasco sino también sobre el nacionalismo en general. A su juicio, el

nacionalismo no es solo una ideología política, sino que tiene también una dimensión cultural e incluso religiosa, con símbolos, ritos y mitos asumidos por sus seguidores, que forman una comunidad de creyentes.

En la triple vertiente del movimiento nacionalista vasco (política, sindical y cultural) en el siglo XX, Telesforo Monzón sobresalió en la política y la cultura, especialmente de joven en los años treinta y de anciano en la Transición. Más que en los hechos vinculados a su actividad política como diputado y consejero, esta obra se centra sobre todo en sus ideas y creencias, porque el nacionalismo de Monzón “se caracterizó por su intensa dimensión cultural y religiosa”, hasta el punto de que fue un destacado “productor de nación” por medio de su oratoria, sus obras literarias (poesías y teatro) y sus canciones, muy populares, con las que movilizaba a las masas *abertzales*, tanto a los católicos en la República como a los revolucionarios en la Transición. Monzón fue el único dirigente importante del PNV en la República y la Guerra Civil que acabó siendo el líder más carismático de Herri Batasuna.

Cabe considerar a Monzón como un intelectual orgánico primero del PNV y después de la denominada izquierda *abertzale* por su evolución desde la moderación al radicalismo, lo contrario de lo que suele ser habitual en los líderes políticos. Pese a su estrecha amistad con Aguirre e Irujo, los máximos representantes de la generación de 1936, que condujeron al PNV desde el integrismo hasta la democracia cristiana y el europeísmo, Monzón no aceptó estos postulados democráticos, sino que continuó con su nacionalismo religioso y populista, que desde los años 60 puso al servicio de ETA y su entorno, contribuyendo a la “brutalización de la política” (Mosse) y legitimando el terrorismo.

Esta biografía tiene el mérito de abarcar desde los orígenes sociales de Telesforo Monzón: “una familia de notables rurales de abolengo aristocrático” y catolicismo integrista en franca decadencia por no adaptarse al proceso de modernización de Guipúzcoa, hasta su muerte y su culto post mortem que ha llegado hasta nuestros días. Esto permite al autor mostrar la complejidad de su personalidad, la existencia de varios Monzón, muy distintos e incluso contradictorios, que se van sucediendo durante más de medio siglo y que poco tienen que ver con el último Monzón, que es el único que recuerda y ensalza el nacionalismo vasco radical.

Así, Fernando Martínez Rueda analiza con rigor los personajes que Telesforo Monzón encarnó a lo largo de su vida: el joven “aristócrata populista”, que dudó entre su identidad española y su identidad vasca hasta que optó por esta última en contacto con el mundo rural del caserío, donde perfeccionó su euskera; el “apóstol de la patria vasca, dedicado a *abertzalitzar* al pueblo” en la II República; el mitificador de su experiencia bélica en la Guerra Civil, que cultivó el mito del *gudari* pacífico y mártir, y nunca asumió su responsabilidad como consejero de Gobernación por la matanza de 224 presos derechistas en el asalto a las cárceles de Bilbao el 4 de enero de 1937; el defensor de la “unidad del pueblo vasco”, rompiendo con las izquierdas y acercándose a los carlistas, y de la solución monárquica en los años 40; el “custodio del ser vasco”, que abandonó el Gobierno de Aguirre, pretendiendo ser el guardián de las esencias del pueblo vasco en trance de perecer en la década de 1950; el que en los años 60 y 70 se creyó predestinado para llevar a cabo la misión histórica de “forjar la unidad del *pueblo abertzale*” en un frente nacional, siendo el puente entre el PNV y ETA, para conseguir la independencia de Euskadi, predicando la guerra contra España.

Como declaró en una entrevista en 1978, “para llevar un pueblo a la libertad hacen falta *gudaris* (guerreros) y poetas”. Telesforo Monzón fue el poeta no solo de los verdaderos *gudaris* de la Guerra Civil, sino también de los terroristas de ETA, que para él eran “los *gudaris* de hoy”, que continuaban la cadena de “los *gudaris* de ayer”. Monzón sostenía que la guerra de 1936 no había terminado y que la única forma de poner fin a ella sería la restitución de la soberanía de Euskadi que España le había arrebatado con la ley de 1839, que vinculaba los Fueros vascos a la Monarquía constitucional española, aceptando el dogma historicista de Sabino Arana. Por eso, se refería a “la guerra de los 150 años” de Euskadi contra España, cuyos principales jalones eran: Zumalacárregui y la primera guerra carlista, el cura Santa Cruz y la última guerra carlista, Aguirre y la Guerra Civil, *Argala* y la “guerra” de ETA.

En esta cadena histórica de Monzón faltaba el eslabón de Sabino Arana, que escribió sobre guerras imaginarias de la Vizcaya medieval por su independencia, a pesar de la admiración de Telesforo Monzón por el padre fundador del nacionalismo vasco, con el cual tuvo muchas similitudes, como me ha confirmado la lectura de esta biografía. Ambos nacieron en el seno de familias muy católicas y ricas, venidas a menos por no adaptarse a la nueva sociedad industrial, por lo que se quedaron en rentistas, sin ejercer ninguna profesión. Los dos vivieron de niños en el País Vasco francés y fueron educados por preceptores que eran curas y carlistas. Malos estudiantes, no fueron capaces de acabar la carrera de Derecho en la Universidad de Barcelona (Arana) y en la de Madrid (Monzón), ciudades en las que residieron de jóvenes. Por influjo de sus padres, Arana fue carlista y Monzón monárquico. En ambos su descubrimiento del nacionalismo tuvo algo de revelación. Desde entonces se dedicaron en cuerpo y alma al nacionalismo político y cultural con una cosmovisión religiosa por su integrismo, uniendo la política y la religión. Coincidían también en su concepción tradicionalista y ruralista de la identidad vasca, conservada pura en el caserío, y en su visión mítica de la historia vasca: los Fueros como códigos de soberanía, perdida en 1839. Los dos utilizaron la literatura (poesía y teatro) como una forma más de hacer política. Su discurso era profundamente maniqueo, basado en la confrontación Euskadi/España (antiespañolismo). Ante el proceso de industrialización y gran inmigración, tuvieron una idea agónica sobre la pérdida del “espíritu vasco”, que podría llevar a la desaparición del pueblo vasco. Para evitarlo, ambos creían que tenían una misión trascendental que cumplir: la salvación política y religiosa de los vascos por medio de su nacionalismo religioso, aspirando a una Euskadi independiente, que fuese un Estado teocrático, regido por el catolicismo. Más de un año antes de fallecer de muerte natural Arana y Monzón estuvieron presos, lo que llevó a sus seguidores a considerarles héroes y mártires, que habían sacrificado sus vidas por la patria vasca. Nada más morir se convirtieron en símbolos y mitos de los *jelkides* (Arana) y de los *abertzales* radicales (Monzón): unos y otros cultivaron el culto a su personalidad.

Tantas similitudes no me impiden señalar también algunas diferencias muy importantes entre ellos. Si para Sabino Arana las dos bases fundamentales de una futura Euskadi independiente eran la religión católica y la raza vasca, los pilares de la Euskadi soberana soñada por Monzón eran el euskera y el territorio, que tenía que incluir necesariamente a Navarra. Por el contrario, Arana no dio relevancia al territorio y, en cuanto al euskera, lo subordinaba a la religión y la raza. Otra diferencia sustancial es que, pese a la dureza de sus ataques a España y a los españoles, Arana siempre utilizó medios pacíficos, mientras que el último Monzón predicó la violen-

cia y glorificó a los etarras muertos como mártires, llegando su mesianismo religioso a comparar a *Txikia* con san Ignacio y a *Argala* con Jesucristo. Como señala su biógrafo, “Monzón concebía la muerte por la patria como el sacrificio necesario para la resurrección de Euskadi”, porque estaba convencido de que Euskadi iba a nacer “en la sangre y en el sufrimiento”.

Este libro del profesor Martínez Rueda es una magnífica biografía que desvela la compleja personalidad y la contradictoria trayectoria política de Telesforo Monzón, contribuyendo a su desmitificación, en lugar de las hagiografías que le ha dedicado la izquierda *abertzale*. Al final de su estudio se plantea cómo explicar el gran cambio de Monzón, quien pasó de defender en los años 40 “una política de perdón y reconciliación entre todos los vascos” a proclamar en la Transición que la guerra “debía continuar hasta el reconocimiento de la soberanía vasca”. Apunta que quizás haya que buscar la explicación “en el factor humano, en el afán de Monzón por descollar, (...) por ser alguien relevante, convencido de estar destinado a realizar grandes misiones por su patria”. Y concluye: “Tal vez ese rasgo de su personalidad contribuye a explicar que Telesforo Monzón fuera a lo largo de su vida el más ferviente místico de un partido católico como el PNV y años después el más beligerante y combativo dirigente del nacionalismo radical en Herri Batasuna, el más ardoroso defensor de la violencia de ETA”.

En suma, esta biografía es una nueva y gran aportación de la historiografía vasca al conocimiento riguroso de la historia de Euskadi en el siglo XX, que confirma la necesidad de que sea escrita por historiadores profesionales y no por propagandistas.

José Luis de la Granja Sainz
Universidad del País Vasco (UPV/EHU)
joseluis.delagranja@ehu.es